

LA COLONIA ESPAÑOLA.

Se publica todos los lunes, miércoles y viernes.
De los artículos firmados son responsables sus autores.
De los no firmados responde el director.

El pago de las suscripciones será siempre ADELANTADO.
Administración y redacción:
Primera calle del Cinco de Mayo núm. 3.

PRECIOS.
En México..... Un mes..... Diez reales.
En los Estados.... Un mes..... Doce reales.
En los Estados.... Un trimestre.... Cuatro pesos.
Idem idem..... Un año..... Quince pesos.

DIRECTOR, ADOLFO LLANOS Y ALCÁRAZ.

SECCION EDITORIAL.

SUSCRICION.

A FAVOR
DE LOS HERIDOS ESPAÑOLES.

(Continúa.)

JALAPA.

D. Juan Perez Redondo...	\$ 10
„ Antonio Perez Redondo..	5
„ Tomas Iraizos.....	10
„ Jose de la Flor.....	5
„ Marcelino Gutierrez.....	5
„ Un español.....	2
„ José G. Babio.....	5
„ Santiago Fernandez.....	2
„ Ramon Sañudo.....	4
„ Dionisio Mora.....	2
„ José Fajardo.....	0 50
„ Presbítero Manuel H. Ori- huela.....	0 50
„ Sebastian Canóvas.....	4
	<hr/>
	\$ 55

UN ACONTECIMIENTO MUSICAL.

LA MISA DE REQUIEM DE VERDI.

Dos nombres á la par queridos y respetables; dos nombres que quedarán para siempre impresos en la historia de la literatura y de las artes; dos nombres, en fin, que representan tal vez para Italia el último hálito de una gloriosa generacion poético-musical, han sido la base de un memorable acontecimiento artístico.

Muerto el gran poeta Alejandro Manzoni, cuya pérdida lloran aún y llorarán siempre las letras italianas, surgió en el maestro Verdi, amigo íntimo del difunto, la noble idea de dedicar á la memoria del ilustre escritor un recuerdo impercedero. Siguiendo el ejemplo de Beethoven en su sinfonía heroica y de Meyerbeer en su marcha Schiller, Verdi prometió solemnemente la composicion de una Misa de Requiem que habria de ejecutarse en el primer aniversario de la muerte de Manzoni.

Nadie habia en Italia mas digno que Verdi para llevar á cabo este noble y levantado proyecto. Resto vivo de inolvidable pléydo musical que monopolizara en un tiempo los destinos de la mas ideal de las artes, solo el autor de *Rigolatto* podia sin desdoro de la inmensa fama de Manzoni, deponer sobre la tumba del autor del *Cinco de Mayo* la última lágrima del amigo cariñoso, la brillante aureola del artista

célebre, la tierna y dolorosa ofrenda del compatriota apasionado.

El maestro dejó á Milan y se marchó fuera de su país á fin de comenzar sin demora la composicion de su obra, que á los siete ú ocho meses próximamente estaba ya completamente terminada. Tratóse de elegir cuatro artistas que se encargaran de los solos de la misa, y un templo cuyas condiciones acústicas y de capacidad respondieran en lo posible á las exigencias de novedad tan importante.

No debe andar la Italia muy sobrada de artistas, sobre todo en el género femenino, cuando Verdi escogió, con sin igual acierto, como se verá mas tarde, á dos jóvenes cantantes, las señoras Stolz y Waldman, húngara la primera y austriaca la segunda, que se hicieron cargo respectivamente de las partes de soprano y contralto, completando el cuarteto un joven tenor llamado Capponi y el bajo Maini. En cuanto á la iglesia, cúpole tal suerte á la de San Márcos de Milan.

Los instrumentistas mas distinguidos de Milan y provincias cercanas se acercaron al compositor, solicitando el honor de formar parte de su orquesta sin estipendio alguno; maestros de canto y artistas de reputacion hicieron igual solicitud para ingresar en el cuerpo de coros, mientras la prensa italiana, comentando con gran entusiasmo hechos tan laudables, aumentaba la impaciencia general y creaba una considerable atmósfera en torno de la Misa de Verdi.

Bajo auspicios tan envidiables empezaron los ensayos de la obra. Acudieron muchos forasteros; varios periódicos franceses mandaron á Milan sus correspondientes; la *Misa de Requiem* fué el objeto de todas las conversaciones; la cantidad de billetes pedidos para la audicion era tan considerable, que excedia del triple al número de personas que San Márcos podia contener; nadie hablaba, ni pensaba, ni se ocupaba mas que de la *Misa*; el arte habia vencido completamente á la política.

Llegó por fin el 22 de Mayo, llegó el gran día. La iglesia de San Márcos estaba adornada con severa sencillez, ostentando en medio de la nave un elevado tímulo en el que se veia escrito en grandes letras el nombre de Manzoni. La *Misa* debia empezar á las once en punto; á las siete se abrieron para el público en general las puertas del templo.

A las once en punto apareció Verdi al frente de la orquesta, ó inmediatamente se oyó en la iglesia un sordo

rumor cuya intensidad fué aumentando hasta que el maestro dió la señal de comienzo. En aquel momento solemne el silencio mas general, un impo- nente silencio sucedió á la anterior natural agitacion, y en medio de una ansiedad indescriptible, rebotando de gente el templo de San Márcos, que en aquel instante contenia el mundo artístico, literario, político y aristocrático de Milan, oyéronse los primeros acordes de la corta introduccion con que da principio la obra.

Describir el efecto que esta produ- jo en el auditorio seria empresa punto menos que imposible. Hablen por nosotros los diarios políticos milaneses, que enterraron, puede decirse, al ilustre maestro bajo cien estados del entusiasmo mas delirante. Hablen tambien los correspondientes de los periódicos de Paris, que ¡franceses al fin! llevaron algunos de ellos tan lejos su manía de exageracion, que varios periódicos de Milan hubieron de calmar con sus prudentes rectificaciones aquel *delirium tremens* de la alabanza.

Una audicion de la misa en San Márcos no era suficiente para saciar, ni mucho menos, el frenético entusiasmo que la obra de Verdi habia producido en Milan. Fué necesario trasladar la Misa al vastísimo teatro de la Scala y allí volvió á ejecutarse tres veces con un éxito fabuloso, y ante una concurrencia tan grande, que la inflexible lógica de los guarismos nos dispensa de todo comentario. *Cuarenta y dos mil* y pico de pesetas produjeron las tres audiciones de la Misa en la Scala.

Como habrán visto nuestros lectores, el éxito mas completo habia coronado los esfuerzos de Verdi y del municipio milanés. Por todas partes llovian los elogios; Verdi era objeto de ovaciones sin cuento; la satisfaccion no solo personal, sino la satisfaccion patriótica, se reflejaba en los ánimos de todos; los italianos, que tan lejos suelen llevar siempre en el terreno del arte el amor propio nacional, se veian esta vez dueños completos del campo de batalla artístico musical. Pero ¡ay! que nunca es en el mundo completa la dicha, y estaba escrito que una nube negra y tempestuosa habia de manchar con los rayos del despocho y de la ira aquel horizonte tan claro y tan despo- jado.

Esta nube habia de venir y vino de Alemania; esta nube tenia un nombre, nombre respetable y apreciado en el mundo del arte, el nombre de Hans de Bulow, conocido mas que como com-

positor como hábil pianista é incomparable director de orquesta.

Tomando como fútil pretexto una escandalosa silba que sufrió en el teatro Dal Verme el acto segundo de la *Vida por el Czar* de Glinka, acto, apresurémonos á declararlo, compuesto en su totalidad de bailables, Hans de Bulow, que habia ido á Milan con objeto de oír la celebrada ópera del insigne compositor ruso del que Bulow es admirador decidido, experimentó tan fuerte disgusto por la mencionada silba, que formó el decidido propósito de no asistir á las audiciones de la misa de Verdi.

Esta extraña conducta llamó la atencion de todos los artistas, y aun la prensa hubo de ocuparse de ella. Hans de Bulow se limitó á remitir á varios periódicos el siguiente suelto:

“Hans de Bulow no ha asistido á San Márcos el día 22 de Mayo. Hans de Bulow no debe contarse en el número de los forasteros que han venido á Milan con el objeto de oír la Misa de Verdi.”

A consecuencia de estas lacónicas y despreciativas palabras comenzó la prensa á tratar con dureza al artista alemán; marchóse este á Viena, y á los pocos días se recibia en Milan la *Gaceta de Augusto* con un artículo titulado *Romanischer Barbier* (Barbarie Romana), en el que Hans de Bulow se desataba en injurias y denuetos contra Verdi, su Misa y el público milanés.

¡Y todo por qué! Porque el público del teatro Dal Verme habia silbado, no ya la música de los bailables de Glinka, sino los bailables mismos; habia silbado al coreógrafo, que no al compositor! Precisamente lo extraño de este incidente es que la *Vida por el Czar* de Glinka ha tenido un éxito grande, habiéndose hecho repetir varias piezas, llamado á escena á los artistas y elogiado los principúles periódicos la bellísima música de Glinka; todo esto, por cierto, contra lo que con ligerosa impardonable se ha permitido asegurar un periódico de Madrid al tratar del éxito de la *Vida por el Czar* en Milan. ¡Imagínense nuestros lectores el efecto que las diatribas de Hans de Bulow produjeron en Milan y en toda Italia!

Basta saber que hace muy pocos días ha aparecido en las esquinas de Milan el siguiente anuncio, que traducimos literalmente:

«HALLAZGO DE 100 LIRAS.

Hace algunos días se ha extraviado en las inmediaciones de la estación con-

tral un gran perro de presa con largas orejas y cola, de pelo amarillento, manchado de negro, y que responde al nombre de

BULOW.

El hallazgo se entregará al que devuelva el perro al propietario, calle del príncipe Amadeo, núm. 1, ó en la calle del Conservatorio, núm. 12, donde el citado can es conocido.»

Es de advertir que Hans de Bulow, aplaudidísimo y festejado por los italianos en diferentes ocasiones, pretendió en pasadas épocas ser nombrado director del Conservatorio de Milan. A esto alude indudablemente la última parte del anuncio.

¿Traerá consecuencias este pugilato de groserías iniciado por un alemán y continuado todavía por varios diarios milaneses? Difícil es adivinarlo, pero es en extremo lamentable que las cuestiones de arte descendan á un terreno repugnante, merced al desmedido amor propio de una personalidad y á la susceptibilidad extremada de varios escritores. Si al igual de la conducta observada por el *Osservatore Romano*, no hubieran dado los periódicos milaneses importancia alguna á la *Barbarie Romana*, el incidente Bulow hubiera pasado desapercibido, con gran descontento seguramente del protagonista.

Todos estos disgustos no han impedido, sin embargo, que la *Misa* haya obtenido en Paris, la Roma estética de los italianos, como la llama Hans de Bulow en su artículo, un éxito colosal. Verdi ha sido objeto de entusiastas ovaciones que las Sras. Stolz y Waldmann han compartido con el maestro. Lo mismo italianos que franceses elogian de un modo inusitado el mérito de estas dos cantantes, que ya se disputan los empresarios de la Scala de Milan y de la Grande Opera de Paris.

¿Y la *Misa*, dirán nuestros lectores, es una obra digna de todos esos aplausos? ¿Cumple con el grandioso objeto á que ha sido destinada? Preguntas son estas á las que no podemos contestar. Hay quien asegura que domina en ella el elemento dramático, quien dice lo contrario, y tambien quien, por quedar bien con todos, afirma que de todo hay en la vida del Señor.

¡Magnífica *Misa* para un entierro civil! dijo un escritor francés al salir del teatro de la Opera Cómica el día 9 del actual. Sea lo que quiera, la última obra de Verdi, en la que muchos críticos reputados han visto una clara, patente y completa transformacion del